

“Pequeña historia de Chile”: El dedo en la llaga

Hans Ehrmann

A veces hay obras que nos quedan grandes a los críticos de teatro. Podemos decir que es la mejor del último cuarto de siglo, que la dirección es así o así y los actores así o así, que trata de tal o cual cosa. Tras esas y otras afirmaciones, acertadas o erróneas, bien o mal fundamentadas, nos vamos a descansar, satisfechos y con la sensación del deber cumplido, pero la importancia de la obra a veces va mucho más allá del teatro. Es el caso de “La pequeña historia de Chile”.

Han pasado sus buenos años desde que Marco Antonio de la Parra nos hace pensar en esta forma; para ser más preciso, desde “Lo crudo, lo cocido y lo podrido”. Interesante, ingenioso, a veces dedicado a retóricos juegos intelectuales, no había vuelto a poner el dedo en la llaga. Ahora, en

su “Pequeña historia” no sólo enfoca la educación y los profesores, sino una identidad y memoria nacionales que se diluyen. Y lo hace en forma aguda y profunda.

Los profesores son tratados con una sangrienta ironía a la par de una honda comprensión. Pueden parecer unos pobres diablos, gastados y rutinarios, pero al mismo tiempo son personas que, años ha, llegaron a su trabajo cargadas de inquietudes e ilusiones. Ahora están desgastados con el interminable “pasar la lista, corregir pruebas, repetir, cada vez como si fuera la primera”.

Tienen que relatar “la historia de un país que no quiere saber nada de su historia”, y paralelamente, “ayudar a soñar a un país aunque ellos, los alumnos, no quieran hacerlo”. Estos creen que Manuel Montt es una calle y Pedro de Valdivia es una estación

del Metro: “No hay país” -dice uno de los maestros- “no hay geografía, la historia se ha convertido en un noticiario de televisión”. Son la memoria de una nación donde “nadie ya quiere acordarse de nada”, de una responsabilidad tan grande como mal remunerada.

Temas como estos se plantean con diversas variantes y, en lo teatral, la obra se pudo ver en dos versiones diferentes, fenómeno en sí poco frecuente. En la “Muestra de dramaturgia” (enero) Gustavo Meza, valiéndose entre otros elementos de un curso de liceanos, dio una tónica más realista, punzante, satírica. Raúl Osorio, al dirigir el montaje del Teatro Nacional, que fue estrenado hace dos meses, optó por una visión más abstracta y delirante, tono bien sugerido por la escenografía de Susana Bomchil. Hace dos semanas enfermó Sergio Aguirre quien, en el papel del rector

realizó uno de los mejores trabajos de su carrera; su reemplazante, José Secall, se sumergió con sorprendente rapidez en el papel.

Mientras tanto, el mensaje presidencial del 21 de mayo dio el máximo de actualidad al tema de la Educación y su reforma. Son poquísimas las ocasiones en que una obra nacional se ha anticipado en esa forma a los acontecimientos, pero “La pequeña historia de Chile”, a pesar de su calidad y una buena afluencia de público no dio lugar a las discusiones y polémicas, públicas y privadas que bien pudo suscitar. Ese hecho puede preocupar en doble sentido, planteando dos interrogantes difíciles de responder: ¿Será tan poca la repercusión que tiene el teatro en la actualidad? ¿o será que el tema de los profesores y de la reforma educacional es un asunto que sólo preocupa a nivel de superestructura?